



# a secreto

smann- que él jamás llegaría a Oklahoma, sencillamente si el Gran Teatro Integral de as.

Di Pasquale me asalta la alquería argentina de Buenos Aires más famosa (o laImagen es la que se da a través del

pies y manos en su costado, como cualquier argentino de gres, por ejemplo: brillante, pasmosa para explicar lo abstracto de la geografía (se le va la vida), pero que esa realidad árida, brisventajas, así como en París venediza o falsa y en cualquiera verdadera, latinoamericana, brutal, desmitificado que lleva a Borges a idear nismo que impulsaba a Diongas a la guitarra, cantaba conversa, igual a aquella que una casona belle époque de él, entre un soneto de Lope de Carlos de la Púa - así vivo y el de Miguel Ángel o de reinar la concordia; o puede concebirse.

quién ha escrito más cartas, puesto que ninguna alcancé go de dos o tres páginas las ue todo eso que escribo no es rvarme para el encuentro de Rodríguez Peña. Allí estaré, zo en su oficina, esperándolo y una opaca jarra de karma, del ruido y de la ie una vez más, pero de un jué feliz fue mientras vivió días en una pensión de recatadas docentes y graves eaba, luego de las comidas, agante calle blanqueada de

n materia, al cabo de una del patán de turno que será en la oficina pública donde verdaderos lados flacos: no burocrático es siempre un por necesidad del sistema). heros momentos, cuando me el poeta habla; son sus de una explicación que huel a empleado como técnico en era administrador de puerstral de correos, Dario, algo le algún modo, esa elección

ha sido un acierto; la consecuencia de un afán de no contaminación. Sabe que el lenguaje, la comunicación oral -si no el silencio- es el medio para tratar lo indecible e inescrutable; y que para las cosas de este mundo basta la imagen, la figura es suficiente. Pero por qué este pretexto - esta autocastración, para un poeta- para eludir la palabra por la imagen, el sonido por la figura?

Ello es su límite y su rebelión, como si quisiera significar que, luego de la ordalía de las palabras su bandera está en otra parte; quizás en la sonrisa muda, en dos o tres sonidos elementales, o en el silencio en la certeza de que nadie puede comunicarse verdaderamente sin caer una y otra vez en la desesperación. Y allí reside su gloria secreta - aquella que por inexpresada y no compartida es más dulce- y su venganza.

Hace ya un tiempo nuevamente escribí unas líneas que le estaban destinadas, hablándole sobre Aramayo, el último virtuoso de erquencho en Yala (refiriéndonos siempre al tema de los medios de expresión). Le digo que el sonar de este instrumento es impresionante, monocorde apocalíptico, como el que produciría seguramente un gigante al sonarse los mocos - con alguna melodía- apoyando en el tronco de uno de estos eucaliptos de los fondos de mi casa. Un sonido grave acompañado, pacífico; algo que es lo contrario de la estridencia; una música que no es para bailar; sino para pensar con las entrañas antirromántica e intransmisible.

Y a pesar de que él ha escrito:

**«si de pronto - nacida de un relámpago o de una flor- comenzara la revelación de la infancia?»**

pienso que su falla es su falta de fe, de allí su gran debilidad en muchas cosas; también su extraordinaria elocuencia.

Él ha escrito también, al final de su única obra impresa.

**«Es éste el último rencor de estar alegre, y ser tan sólo un poco de tierra que se enfria.**

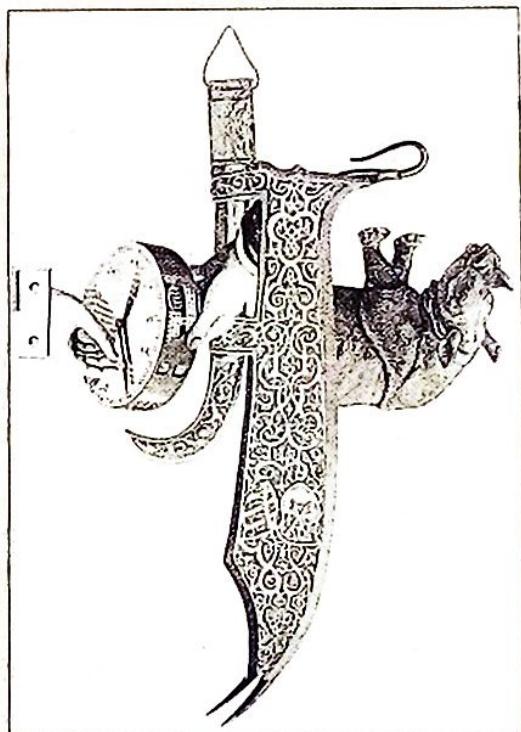
**¿Pero quién parte el terrón entre sus dedos?**

Cuando lo veo angustiado por problemas tontos: la estabilidad en su empleo, las pequeñas intrigas de oficina, de las cuales es siempre víctima, naturalmente, y otras irrealidades por el estilo, pienso en qué necesitado está de un cartero Roulin para conversar - de un Aramayo tocador de erquencho- para comunicarse verdaderamente en esa selva que ha elegido mal como su hábitat o su destino.

Su último poema - escuchado por mí- fue aquella alegría para el lustrabotas muerto en el Bar Jockey Club de Florida y Viamonte, compuesto con premura en un trozo de papel que ya he perdido o traspapelado. Aquél que escuché componer de viva voz y vi escribir mientras lo pensaba out-sider, pero no por estar afuera, como Rimbaud, Gauguin o Van Gogh, si no por estar dentro. Y finalmente, los poemas proca-

ces, sencillos e ingenuos como una queja.

Después su voz en el teléfono, momentos antes de partir a Londres a donde lo llevaban una vez más esos vientos de superficie que cada tanto lo empujan, para preguntarme, angustiado, si me acordaba del aspecto interior del hotel (*«Condes, en Avda. Reforma, México DF»*) y los motivos del empapelado de sus paredes (alas de mariposa quizás, sobre fondo claro) donde se había alojado Jacques Monard, el asesino de Trotski, días antes de adquirir el zapapico con el que partaría en dos para siempre el cráneo del viejo y el concepto de la revolución mundial (porque estaba seguro que el fantasma del asesino se aposentaba en él desde hacía un tiempo); y cuántas cuadras habría recorrido desde La Lagunilla a Coyoacán, y qué aspecto tendría al consumar aquel desenlace diláctico y horrible... Quizás me llamó desde el aeropuerto, quizás volaba ya -cuando colgué el auricular distraído del código y los aranceles- rumbo a esas brumas, tan iguales a las nuestras de Volcán o de Tumbaya, pero habitadas por los conjuros de Merlin, de Lady Macbeth, de la Heimskringla.



San Fernando de Apure